

F-AX

(91) 320.36.20 (o

Gey 013(1)

2 pags.

A Luis María Anson, DIRECTOR

231

DOS DAMAS DE HIERRO PARA BUSH

José Agustín Goytisolo

En los años noventa, la guerra comercial de USA con Japón puede sustituir a la guerra fría que mantuvo Norteamérica con la desaparecida URSS. El viaje de Bush no resolvió casi nada, pues los japoneses se mostraron duros, casi intratables. Y el desmayo de Bush acabó de dar, en Estados Unidos, la sensación de fracaso, de decepción. La Casa Blanca minimiza esta tensión, pero el presidente Bush no esconde su preocupación. Las cifras del balance comercial con Japón son catastróficas, debidas sobre todo por la invasión japonesa en sectores tales como la alta tecnología, la industria automovilística o la informática. La opinión pública norteamericana refleja una creciente hostilidad hacia Japón, que los millones de parados magnifican.

Pero la política comercial interna también es una amenaza para Bush. Para corregir esta situación, Bush ha nombrado a dos mujeres: Bárbara Franklin, nueva ministro de comercio, y Carla Hills, asesora de la Casa Blanca en asuntos comerciales, veterana en la Casa Blanca por haber desempeñado el mismo cargo con el presidente Ford. A estas dos mujeres hay que unir la presencia de otra dama, ya en el gobierno: Lynn Martin, ministro de trabajo.

De Bárbara Franklin ha dicho Bush: "Es un modelo para las mujeres empresarias, emprendedoras, una líder que, como yo, quiere lograr el crecimiento de la economía y nuevos puestos de trabajo, y ^{está} convencida de que lo conseguirá." Y de Carla Hills opina: Esta mujer es experta en su trabajo, y ~~PROCURA~~ ^{PROCURA} que exista paridad en las relaciones comerciales de USA cada país con el que tengamos relaciones económicas, singularmente con el Japón." *también,*

Esta paridad en las relaciones comerciales se aplicará, sin duda, a la Comunidad Económica Europea, aunque el presidente Bush no se haya referido a ella de un modo expreso. Pero la salida de la crisis económica norteamericana pasa no sólo por equilibrar las exportaciones, sino además reactivar el consumo interno de bienes producidos en el país. Bush dice que no quiere descubrir aún todas sus cartas, y que tampoco quiere hacer subir dramáticamente los impuestos. En cuanto al desempleo, ha afirmado repetidas veces que luchará contra él con el mismo empeño que luchó contra la guerra fría.

Con la elección de Bárbara Franklin y de Carla Hills, el presidente cree haber logrado una buena finta: demostrar su atención y su preocupación por los problemas de la familia, en estos momentos de crisis, problemas a los que la mujer es más sensible que el hombre, y también satisfacer a las mujeres para así cosechar posibles votos en las elecciones de noviembre.

Bush intenta demostrar que la culpa de la recesión no es toda de la Casa Blanca, sino de la situación internacional y de la insolidaridad de Japón. Pero el veterano John Kenneth Galbraith opi-

na que el discurso de Bush es peligroso, que Bush no tiene respuesta a un pregunta: qué hay diferente entre la actual situación y otras precedentes que crearon pánico en el americano medio; y luego Galbraith asegura que Bush no sabe o no quiere admitir que ha llegado ya el momento de la reestructuración del país, de su industria, de los servicios, y de las asistencias sanitaria y educacional.

Y no es solamente esto: entre el americano medio se ha despertado un cierto rencor hacia los grandes hombres de negocios, cosa insólita en USA, que siempre los ha admirado e intentado seguir su ejemplo. Cierta prensa alienta esa animadversión: en la última conferencia de prensa, dos periodistas preguntaron a Bush por qué había ido a Tokio con tantos empresarios multimillonarios y no a algunos obreros y operarios sin empleo. La pregunta es totalmente absurda, pues son los representante o dueños de las grandes industrias los que pueden negociar con, los empresarios y hasta con el mismo gobierno japonés. *PERO AHÍ SE QUE - JAPON, SIN RESPUESTA, ESTAS DENEGANDO E INFINITAS PRESENTAS.*

Richard Gephard, portavoz del partido demócrata en el Congreso, presentó un proyecto de ley "anti-japonesa", posiblemente el más proteccionista de la historia de Estados Unidos. Sus propuestas son apoyadas por la mayoría del país, desde los obreros de la industria automovilística de Detroit, que en los aparcamientos rompen las ventanillas de los coches "made in Japan", hasta los neoyorquinos que saben que el Rockefeller Center y otros edificios emblemáticos en toda America pertenecen a los japoneses. Y *ya lo* en un reciente sondeo de opinión, tres de cada cuatro ciudadanos cree que el enemigo externo de USA es Japon.

Bárbara Franklin y Carla Hills han entrado ya en fuego. La desventaja frente a Japón se debe a dos causas: la primera, es la excesiva permisión de entrada en USA de productos japoneses, que Japón no acepta que sea recíproca, para así equilibrar la balanza; y la segunda, un toque de alerta al que hay que dar respuesta: Japón invierte el doble que los Estados Unidos en investigación y desarrollo, ahorra cuatro veces más que los consumidores norteamericanos, la escolarización y la mano de obra cualificada son más modernas y mejores en Japón, y allí todo el mundo paga sus impuestos para asegurar así sus puestos de trabajo.

Las dos damas de hierro del presidente Bush están iniciando una política de momento defensiva: o Japón reduce sus exportaciones a USA y aumenta las importaciones americanas hasta llegar a equilibrar la balanza en 1995, o Estados Unidos comenzará inmediatamente a imponer barreras arancelarias fuertísimas sobre los productos japoneses hasta hacerlos no competitivos con los productos norteamericanos.

Estas dos damas de hierro no se van por las ramas: sus propuestas son un aviso de declaración de una guerra comercial contra el que millones de ciudadanos Estados Unidos ya llaman el enemigo japonés. *SON LA MEJOR BAZA PARA LA CASI CANTADA REELECCIÓN DE BUSH.*